

## ENEMISTAD DE AL-MU<sup>o</sup>TAŞIM IBN ŞUMADIĦ HACIA AL-MU<sup>o</sup>TAMID IBN <sup>o</sup>ABBAD

POR  
AMELINA RAMÓN GUERRERO

**E**N el Al-Andalus del siglo XI, cuando el floreciente Califato Omeya yacía bajo los numerosos taifas surgidos de sus cenizas, los emires, ensoberbecidos en sus respectivos reinos, se miraban con recelo unos a otros, deseando cada uno ampliar sus dominios a costa de sus vecinos. Esta enemistad alcanzó también a dos reyes poetas: uno, el célebre Al-Mu<sup>o</sup>tamid ibn <sup>o</sup>Abbād, señor de Sevilla, en Al-Andalus occidental, y el otro, Al-Mu<sup>o</sup>taşim ibn ŞumādiĦ, que poseía el pequeño reino de Almería, en la parte sudoriental de la Península.

Abū Yaĥyā Muĥammad ibn Ma<sup>o</sup>n Ibn ŞumādiĦ, que se atribuyó a sí mismo el título de al-Mu<sup>o</sup>taşim, es descrito por los autores árabes como persona generosa, de nobles sentimientos, “tranquilo, confiado, sensato, inteligente, virtuoso, interesado en los asuntos religiosos y en el cumplimiento de las leyes”<sup>1</sup>. Y así nos lo muestran sus biógrafos al describirnos su personalidad. Dozy, por su parte, nos dice: “Al-Mu<sup>o</sup>taşim, ya lo hemos dicho, era un príncipe excelente, pero por bueno y bondadoso que fuera, de ordinario, odiaba sin embargo a alguien, y este alguien era al-Mu<sup>o</sup>tamid”<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Ibn al-Abbār, *Al-Ĥulla al-Siyarā'*, 2 vols., Cairo, 1963-64, II, p. 82.

<sup>2</sup> R. Dozy, *Historia de los musulmanes españoles*, 4 vols., Madrid (Turner), 1982, IV, p. 179; *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le Moyen-Âge*, 2 vols., 3.<sup>a</sup> ed., Amsterdam, 1965, I, p. 266.

Esta bondad de carácter y las buenas cualidades con que las crónicas árabes nos hablan del príncipe almeriense, reflejadas en sus actos dentro de su reino, hacia sus súbditos y hacia todos los poetas y hombres de ciencia que acudían de otras tierras implorando su protección, parece ser que se trocan en odio y aversión cuando de otros reyes se trataba, y así nos hablan sus historiadores de sus campañas contra el reino de Granada y de su enemistad primero hacia su emir Bādīs b. Ḥabūs, y más tarde hacia su nieto y sucesor ʿAbd Allāh, enemistades de las que trataremos en otra ocasión al trazar una biografía más completa del emir almeriense.

Según parece, la enemistad surgida entre Al-Muʿtaṣim y Al-Muʿtamid fue debida a unos mezquinos celos más que a serios y verdaderos agravios. Sin embargo, esta aversión llegó, incluso, a provocar un enfrentamiento armado entre ambos: “Al-Muʿtamid había descuidado satisfacer el importe del tributo que debía pagar a Alfonso VI en el momento del año en que éste llegaba a su vencimiento [1086], ocupado como estaba en una expedición contra Ibn Ṣumādīḥ, señor de Almería, teniendo invertidas en esta guerra todas sus disponibilidades de tesorería”<sup>3</sup>. Por fortuna este enfrentamiento no duró mucho tiempo, ya que, deseando los contendientes finalizar sus diferencias y limar las asperezas existentes, decidieron sentarse a parlamentar. Acordaron celebrar una reunión y eligieron para ello un lugar situado entre las fronteras de ambos reinos, lugar cuyo nombre desconocemos. Al-Muʿtaṣim acudió al encuentro de su hasta entonces enemigo con toda pompa y solemnidad, esforzándose en agasajar y adular al monarca sevillano, colmándolo de atenciones y celebrando fiestas en su honor, a las que, incluso hizo llevar diversos instrumentos musicales. La estancia de al-Muʿtamid junto a al-Muʿtaṣim se prolongó tres semanas, durante las cuales reinó entre ambos monarcas las relaciones más cordiales y afectuosas. Transcurrido este tiempo, el emir ʿabbādī se despidió de Ibn Ṣumādīḥ y regresó a Sevilla satisfecho por el final de aquellas rencillas entre dos monarcas unidos por el lazo común de sus costumbres y creencias.

Pero estas relaciones entre Al-Muʿtaṣim y Al-Muʿtamid sólo tenían de sinceras la apariencia exterior, al menos por parte de Ibn Ṣu-

<sup>3</sup> Al-Himyārī, *Kitāb al-Rawḍ al-Miʿtār*, trad. de M.<sup>a</sup> Pilar Maestro, Valencia, 1963, p. 173.

mādiĥ, quien en el fondo de su corazón continuaba albergando un sentimiento de odio hacia Al-Mu<sup>c</sup>tamid, como veremos más adelante, ya que, según parece, el emir sevillano, en su nobleza, fue sincero en el ofrecimiento de una amistad limpia, quedando su corazón purificado de todo rencor y brindándole su mano con limpieza de sentimientos <sup>4</sup>.

Yūsuf ben Taşufīn, emir de los almorávides, que, como se sabe, había ayudado a los musulmanes andalusíes en su lucha contra los cristianos, vencíéndolos en la célebre batalla de Zalaca en el año 1086, donde puso en fuga a las huestes del rey castellano Alfonso VI, se encontraba saboreando su triunfo en sus dominios del Magreb, mientras en su mente iba forjando la idea de volver a cruzar el Estrecho y adueñarse de todos los dominios musulmanes en ella, al mismo tiempo que continuaría su guerra contra el infiel. Mientras estas quimeras iban tomando cuerpo en su mente, allá en el oriente de la Península se encontraba la fortaleza de Aledo, situada entre las ciudades de Murcia y Lorca, ocupada por un puñado de valerosos cristianos que organizaban incursiones e instigaban continuamente a sus vecinos. En las almas de los príncipes musulmanes alentaba el deseo de reconquistar aquella plaza que para su vergüenza se encontraba en pleno centro del dominio del Islam. Por esta razón Al-Mu<sup>c</sup>tamid cruza el Estrecho y acude ante el Emir al-Muslimīn, Yūsuf, rogándole de nuevo su ayuda contra el infiel que los humilla en sus propios territorios, para que Aledo vuelva a poder de los siervos de Allāh. Yūsuf le promete que volverá en su ayuda y lo despide al mismo tiempo que envía su mensaje a los restantes reyes de Taifas para que acudan con sus ejércitos y se reúnan junto a él y sus tropas en el cerco de Aledo.

Al-Mu<sup>c</sup>taşim acudió presto con sus soldados al encuentro del emir almorávide, y su actitud sumisa y adolorada al colmar de atenciones a Yūsuf y ofrecerle su hospitalidad con servilismo humillante, hace exclamar a Al-Mu<sup>c</sup>tamid, cuya vida placentera le había hecho retrasar su llegada a Aledo y su encuentro en el Emir <sup>5</sup>.

¡Oh ausente, si él está cerca de tí  
yo también deseo tu proximidad!  
Pues tú colmas todos mis deseos,  
y, ¡ojalá que yo colmase también los tuyos!

<sup>4</sup> R. Dozy, *Historia*, IV, p. 179; *Recherches*, I, p. 266.

<sup>5</sup> Ibn al-Abbār, *Ĥulla*, II, pp. 86, *Metro Jafīf*.

Acerca de la llegada de Ibn Şumādiḥ a Aledo nos dicen los historiadores: “Apareció Al-Muṭtaşim, entre sus caballeros que vestían de blanco, con los vestidos negros propios de los almorávides, describiéndole un autor árabe como un cuervo negro entre blancas palomas”<sup>6</sup>. Ibn al-Abbār por su parte nos cuenta cómo Ibn Şumādiḥ salió al encuentro del emir almorávide tocado con turbante y vistiendo el albornoz característico de los almorávides<sup>7</sup>. El emir ʿAbd Allāh de Granada nos cuenta en sus *Memorias*, con respecto al sitio de Aledo la siguiente anécdota que traemos aquí por su curiosidad<sup>8</sup>:

No quedó por emplear [en el citado sitio] ninguna de las máquinas de las que suelen usarse para acometer castillos. Ibn Şumādiḥ vino incluso con un “elefante” [de madera], aparato insólito que quedó instalado, y que encendió un tizón enemigo lanzado desde la plaza. Sin embargo, todo resultó inútil, y los musulmanes no pudieron aprovechar ninguna oportunidad favorable, a causa del desacuerdo en que estaban, por voluntad divina<sup>9</sup>.

Cuando en este cerco de Aledo se encontraron el rey sevillano y el almeriense, al contemplar Al-Muṭtamid las ropas de Ibn Şumādiḥ, no pudo disimular su mirada burlona, burla que no pasó desapercibida a su, en apariencia, amigo, quien se alejó de allí; el rey de Sevilla, sonriente, comentó el hecho con uno de sus ministros que se sentaba junto a él, dirigiendo a Al-Muṭtaşim los siguientes versos<sup>10</sup>:

Llegó el ayuno mientras florecían los narcisos,  
y sentí su florecimiento en mi incitación a las copas.

Durante la noche los astros giraron en torno a mí  
hasta embriagarme impidiéndome el alimento de las almas.

Una joven, como una perla preciosa, me robó el corazón  
con el rocío de su garganta y su rostro resplandeciente.

<sup>6</sup> Muḥammad Aḥmad, Abū-l-Faḥl, *Ta'riḥ Madīnat al-Marīya al-Andalusīyya fī-l-ʿasr al-islāmī*, Alejandría 1981, p. 157.

<sup>7</sup> Ibn al-Abbār, *Ḥulla*, II, pp. 86-87.

<sup>8</sup> ʿAbd Allāh, *El siglo XI en primera persona. Las memorias de ʿAbd Allāh, último rey zirī de Granada*, trad. por E. Levy-Provençal y E. García Gómez, Madrid 1980, p. 207.

<sup>9</sup> No sabemos en qué consistiría ese elefante del que no hemos encontrado referencias en ningún otro autor.

<sup>10</sup> Ibn al-Abbār, *Ḥulla*, p. 87, Metro *Kāmil*.

Empecé a reavivar los recuerdos de mis suspiros,  
reuniendo en mi interior los deseos más dispersos.

Y recordando, me consolé viendo el envilecimiento  
de los vestidos y el bochorno del señor del albornoz.

A los cuales replicó Ibn ŞumādiḤ, según relato del célebre poeta  
Ibn al-Labbāna <sup>11</sup>:

Mi agradecimiento a tu sinceridad es como el del jardín a la lluvia  
y el perfume de mi alegría es más aromático que las flores.

Llegó a mí quien me informó de todo y le dije:  
Por Dios, habla y repíteme tan grata noticia.

¡Oh única señal digna de toda virtud sublime!,  
y ¡oh tú que vas después del sol y de la luna!

Si me has excluído de tu encuentro, te lo agradezco,  
pues has ennegrecido tu corazón y tu mirada.

Al-Mu<sup>t</sup>tamid se apresuró a responder <sup>12</sup>:

¿Acaso el perfume del jardín es más delicado con la brisa del alba  
después de que la noche ha pasado y el rocío apareció entre las sombras?.

No, pero es un saludo de amor puro  
enviado por un hombre piadoso con nobleza y honor.

Por la vida de Abū Yaḥyà que las nuevas que de su bondad  
me han llegado, me son más gratas que cualquier victoria.

Te he dado a beber agua en abundancia, por un pacto,  
mientras a otros se les va dando en pequeñas copas.

Conseguiste el mérito de la naturaleza y lo uniste a la elegancia del lenguaje,  
del mismo modo que se unen la copa y la cuerda.

Cuando admiro la delicadeza en el carácter,  
tú eres su rival más sublime.

Te envío un perpetuo saludo al que estaré obligado  
desde que aparece la aurora hasta el crepúsculo.

Después de esto, las relaciones entre ambos monarcas conti-  
núan con apariencias de normalidad sin que se advierta hostilidad  
alguna en ellos. Pero Al-Mu<sup>t</sup>taşim, sin olvidar la burla de la que  
había sido objeto, ni las rencillas de antaño, seguía albergando en su  
pecho un odio intenso contra Al-Mu<sup>t</sup>tamid quien, confiando en su  
sincera amistad, le hablaba con toda franqueza. Un día en que los

<sup>11</sup> Ibn al-Abbār, *Ḥulla*, p. 87, Metro *Basīt*.

<sup>12</sup> Ibn al-Abbār, *Ḥulla*, pp. 87-88. Metro *Basīt*.

dos se encontraban conversando, Ibn Şumādiḥ expuso a su confiado amigo sus temores ante la prolongada estancia de Yūsuf en la Península y el príncipe sevillano con altivez fanfarrona le replicó <sup>13</sup>:

Sin duda que ese hombre se está demasiado en nuestro país, pero, en cuanto me harte, no tengo más que levantar la mano y al día siguiente se marcharán él y sus soldados. Pareces temer que nos jueguen alguna mala partida, ¿pero qué es ese príncipe miserable y qué son sus soldados? En su patria eran mendigos que se morían de hambre; queriendo hacer una buena obra, los hemos llamado a España para darles de comer y un sueldo; pero cuando se hayan saciado, los enviaremos de nuevo al sitio de donde vinieron.

No sabía Al-Muṭamid que estas palabras iban a ser en boca de Al-Muṭaṣim armas terribles, y en cuanto tuvo la oportunidad refirió al emir Yūsuf las palabras del ʿabbādī, lo que hizo montar en cólera al jefe de los almorávides, quien tomó la resolución, que ya alentaba en su ánimo, de apoderarse de la Península. También aprovechó Ibn Şumādiḥ la oportunidad de querellarse ante él contra Al-Muṭamid por la posesión de unos castillos fronterizos de la sierra, *nazar al-ḡabal*, y por el de Sorbas, *Şurba* <sup>14</sup>.

A oídos de Al-Muṭamid llegaron las calumnias que contra él había lanzado el emir almeriense, y con tristeza ante la falta de lealtad del que consideraba como verdadero amigo, escribe <sup>15</sup>.

A tí que me combates calumniándome:  
no me condenes así porque te arrepentirás.

A la gente agradable pero traidora le advierto:  
¡cuidado, el veneno se oculta bajo la suave piel del *arqam*!

Yūsuf, cansado y viendo que el asedio a la fortaleza de Aledo se prolongaba sin resultados positivos y ante la enemistad manifiesta entre los diversos emires de Al-Andalus, decide volver a su país, pero con el propósito, ya indicado, de regresar y adueñarse de Al-Andalus, unificando los diversos reinos de Taifas bajo su mandato, despreciando a aquel puñado de reyezuelos indignos que anteponian sus propios intereses al interés común del Islam frente a los cristianos. Y Al-Muṭaṣim, que creía que sus lazos de amistad con el pode-

<sup>13</sup> R. Dozy, *Historia*, IV, p. 179; *Recherches*, I, p. 268.

<sup>14</sup> ʿAbd Allāh, *El siglo XI*, p. 211.

<sup>15</sup> Ibn al-Abbār, *Ḥulla*, II, p. 85. Metro *K̄mil*.

roso Emir se habían afianzado con sus adulaciones y halagos y sus intrigas hacia Al-Muṭamid, “no había previsto —dice muy a propósito un historiador árabe— que también caería en el pozo que había abierto para el que odiaba y que sería herido a su vez por la espada que había hecho desenvainar”<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> R. Dozy, *Historia*, IV, p. 180; *Recherches*, I, pp. 268-69.